





## **Crítica y posturas literarias**

Copyright Fernando Baena Vejarano Impreso en Colombia –  
Printed in Colombia Autoedición  
Año 2014  
!

Impresor: [www.autoreseditores.com](http://www.autoreseditores.com)

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido por ningún medio impreso, digital, electrónico, virtual, sonoro, visual o de cualquier otro tipo, ni en todo ni en parte, sin permiso del autor

Impreso y hecho en Colombia

A Isaías Peña Gutierrez

Con admiración



A veces en las tardes una cara  
Nos mira desde el fondo de un espejo;  
El arte debe ser como ese espejo  
Que nos revela nuestra propia cara.

Jorge Luis Borges

Arte Poética



## INDICE

1. Que el arte nos rescate .
2. Manifiesto contra la novela negra y la literatura oscura.
3. El universo de la literatura blanca.
4. Poética del escapismo blanco.
5. Simbología del espacio en “El Patio de los Vientos Perdidos”.
6. El Misterio del Toro.
7. Los inframundos musicales de Alejandro Cortés.
8. ¿Cual será el cuento mañana?
9. De fiesta en cuatro actos.
10. La arena movediza del ensayo.
11. El ensayo: una lancha a la deriva.
12. Sobre la poética de Aristóteles.
13. Sobre la preferencia efectista en la poética de Edgar Allan Poe.
14. Utopía de una estética menos cansada
15. “Manuela” de Eugenio Diaz, y el costumbrismo.



# **Crítica y posturas literarias**

Por Fernando Baena Vejarano



## Que el arte nos rescate

Publicada en “Revista Javeriana”, año 2010

Vivir es fascinante, sobre todo cuando nos mantenemos atentos a cada experiencia, cuando disfrutamos cada instante como si fuera el primero, cuando no dejamos de sorprendernos. Si, en este mismo momento, fuéramos plenamente conscientes de los colores que nos rodean, de las sensaciones táctiles, gustativas y olfativas, de los sonidos que nos circundan; no podríamos evitar sentir una profunda gratitud hacia la vida : las preocupaciones se irían, se esfumarían como por arte de magia, reemplazadas por el hechizo de estar vivos, de gozar del privilegio de existir. Pero no vemos plenamente sino hasta que pintamos lo visto, no escuchamos plenamente sino hasta que hacemos música, no experimentamos el mundo sino hasta que lo hacemos nuestro por medio del arte.

Creo que el arte tiene todo que ver con el gozo de existir, con la sorpresa y el misterio que nos causa todo lo que nos rodea, con la necesidad de volver a ver, sentir, escuchar, olfatear, palpar, degustar el entorno. No para intentar una representación “objetiva” del mismo, sino para construir nuestro entorno mismo, el entorno de lo propiamente humano, que no puede ser sino este mismo que nos forjamos al darle cauce y significado a ese manojito de experiencias que, solo cuando quedan conformadas culturalmente, podemos llamar “realidad”. La realidad es el producto permanente del arte, que nos posiciona como humanos, en un mundo culturalmente predisuesto, culturalmente inacabado, permanentemente en construcción. Nos hacemos humanos porque rein-

terpretamos la reinterpretación permanente de lo que nos rodea.

En cierto sentido, el arte es , desde su inicio, una de esas herramientas que el ser humano necesitaba para conocer el mundo, para producir un mundo que pudiera conocerse, para hacer algo con ese excedente de impresiones visuales, sensoriales, que tuviera sentido, que lograra tener un significado. Y el relato de la vida, de la naturaleza, de la conquista de los elementos, de la planeación de los rituales de cacería, de los asuntos sociales; se hizo por medio del arte. No era una narración pesimista, ni optimista: simplemente era un relato, en el que aparecían, visualmente, o en forma cantada, o auditivamente, o en formas artesanales, esculturales, las emociones primarias, las esperanzas de un más allá, cualquier cosa. Y se narraba con pasión, con entusiasmo. Y se hacía para comprender mejor, para intentar comprender. Y creo que lo mismo sigue haciendo el artista y el admirador del arte hoy en día: intentar comprender todo esto.

Solo se comprende lo que se representa, y la representación artística estuvo allí, antes que la científica, antes que la filosófica, acompañada de la religiosa. Solo se comprende todo esto cuando se expresa, porque solo lo que se pone afuera se puede atestiguar, se puede observar, se puede volver significativo. No basta con escuchar a un ave: hay que reproducirla con una ocarina, con un silbido, para empatizar mejor con ella. No basta con ver un paisaje : hay que ponerlo en una tela, transformarlo, para que exista por primera vez. No existe para un ser humano sino hasta que se vuelve lienzo, hasta que se transforma en un olor a óleo y trementina. Inclusive lo gastronómico es expresivo, lo olfativo es expre-

sivo, lo textil táctil es expresivo –y deberían ser incluidos como disciplinas artísticas la cocina, la perfumería, la costura, en la medida en que nos devuelven el mundo sensorial de una manera humana-.

Esa representación expresiva, emocional, era al mismo tiempo un intento de comprensión , y un “hacer conciencia del entorno”. Pero también era un acto de sacar a la conciencia representativa, no solo lo que se percibía del mundo exterior; sino también , y hasta sobretodo, lo que se asomaba del mundo interior, del complejo e intrincado mundo psíquico, tan estrechamente ligado, para la humanidad primitiva, al entorno natural. El entorno natural era percibido con conciencia mágica, porque estaba lleno de emotividad y antropomorfismo, era la proyección de toda la rica imaginación, de todo el rico simbolismo psíquico, combinada con la observación asombrada de una naturaleza circundante, enigmática.

Tanto el mundo interior como el mundo exterior eran puestos “afuera” , simultáneamente, en el arte primitivo. Hoy en día, el mundo exterior es representado por otros medios, mas “objetivos”, que no quieren ser subjetivos en modo alguno : la ciencia, la comprobación, el experimento, el registro fotográfico y magnetofónico, etc. Y , en esa repartición de la realidad, se le asigna al artista el derecho de mostrar su mundo interior, su mundo psíquico, mediante paletas de color, sonidos musicales, obras plásticas. El artista se deshace de la carga de retratar el mundo objetivo, y se complace en indagar por el mundo simbólico, el mundo poético, el mundo mágico, los infiernos , los cielos, y los purgatorios de lo emocional, lo existencial, lo cognitivo.

¿Qué sería del ser humano sin el arte? ¿Qué pasaría si no nos fuese posible sacar a la luz los fantasmas interiores, mediante la literatura, mediante las artes plásticas, mediante la música?. . ¿o hasta que punto ya vivimos en un mundo así?.. En cierto modo, la aldea global ya es un lugar , principalmente, productivo. Se viene a producir, a conseguir, a averiguar cual sea la nueva versión de la felicidad que nos impongan los medios de comunicación, y a perseguir esas metas externas. El mundo interno tiene pocos espacios expresivos. La acción de imaginar, ya no la cumple el niño, como antes, con juguetes precarios que le sirven de excusa para ser libre y potencializar todo lo que se le ocurra, sino que se le brinda servida con excelentes dibujos animados y magníficos efectos visuales. ¿Ya para que imaginar si el mundo de la ficción viene empacado, enlatado, y listo para servir?. Se hace catarsis, sin duda, también en el rol de espectador. Pero no es lo mismo. Las manos están mutiladas para redescubrir el gozo de elaborar, porque los objetos ya vienen prefabricados. La voz está exenta de cantar, porque ese es un trabajo de profesionales; como lo es también el de poner colores en un papel, o sonidos en el espacio. Da pena sentirse con derechos de artista aunque no se tengan las habilidades plenas. Se pierde el protagonismo ya desde que la división entre espectador y actor se abre paso en el teatro griego, pero mas ahora, cuando se come crispetas como se tragan películas comerciales: no hay, o hay cada vez menos, necesidad de digerir. La representación del mundo social y natural viene predigerida, y los estómagos culturales ya no desarrollan encimas digestivas, porque no las necesitan :para eso hay comunicadores sociales de los que entienden muy mal su oficio, o artistas

que hacen el estudio de mercado antes de desarrollar su producto de venta, o profesores que ya saben que el cliente – vale decir, el estudiante- tiene siempre la razón, no sea que se quejen con las directivas, que también le darán la razón al cliente, porque es el que paga. Mucho de arte facil, digestible, que gira alrededor del consumidor; poco de arte que exprese , complejo, el mundo interior del artista, y ponga a trabajar las neuronas del audiente, del visionante, del emocionante que va hacia el arte para averiguar un poco mas, en ese espejo, acerca de si mismo.

Y, sin embargo, ese es el arte que humaniza, y solo ese: el que nos hace más concientes del mundo interior, el que nos permite sacar afuera, por medio de los sentidos, la vida emocional, psíquica, profunda. La prueba la tenemos en los que, de puro saludables que son, no se quedan allí, pudriéndose en su oficinas kafkianas, socialmente funcionales, catalogados como “normales” -pero en realidad muertos por dentro-, sino que prefieren manifestar libremente su locura, enfermándose. La enfermedad mental es una especie de protesta política del inconciente. Ante un mundo sin sentido trascendente, de valores planos, cualquier mente medianamente inteligente se enferma, como un acto de rebeldía ante un principio de realidad que no le dice nada, que no es significativo. Y se porta , en este caso, el enfermo mental , por psicótico que esté, como alguien “mas inteligente” que el neurótico promedio. En su búsqueda de sentido, que fracasa ante la rudeza de un mundo social y afectivo que no lo colma, el desquiciado se refugia en un mundo propio. El único problema es que ya no sabe cómo salir de ese mundo, de esos delirios: se encierra por dentro, y deja la tranca puesta. A veces la protesta le sale demasiado cara, de puro irreversible

que se vuelve, y le sale más cara aún a la familia y a la sociedad, que prefieren no sentirse parte del problema, no responsabilizarse de la pérdida sociopolítica de sentido que nos caracteriza como cultura, que en todo caso tiene como trasfondo la locura :le echan la culpa a los genes, a la química cerebral, a la baja “resiliencia” y asunto resuelto.

Una sociedad demasiado cuerda, enloquece. Demasiadas normas, demasiadas estructuras, demasiado tiempo esclavo – ese que se opone el tiempo libre-, demasiada presión productiva, demasiadas metas que cumplir, postgrados que hacer, dinero que conseguir, cuotas que pagar; llenan el tiempo de racionalidad lineal, y nos secan el alma. El alma se muere, porque se muere la imaginación, la lúdica, se irrespetan ese no mencionado de los derechos humanos que es el de perder el tiempo: el derecho a perder el tiempo, a dejar que hable una voz mas profunda, esa que los recreacionistas quieren apagar a como de lugar, a toda costa –porque los recreacionistas son la nueva estirpe enmascarada al servicio de los “tiempos modernos” que ya acusaba Charles Chaplin. La voz del alma no va a salir a flote en un partido de banquitas, no es muy probable. Se requiere ocio, soledad de la que plenifica, otro tipo de contacto con la naturaleza que no nos dan las piscinas de Melgar ni las playas atestadas de Cartagena con turistas apretados como pinguinos, ni menos, ahora, las playas del Tayrona, “coveñizadas” para siempre aunque guarden la apariencia de reserva ecológica con dueño propio.

Pidámosle al arte que nos rescate : la ciencia ya no lo hizo, la tecnología no lo parece: han incumplido las promesas que nos hicieron , en el siglo XIX. Una nueva constitución no lo hizo, y parece que al cambiar gobiernos de dere-

cha por gobiernos de izquierda o de centro, o viceversa,; solo estamos dándole la vuelta a un pastel que nunca miramos por dentro. La religión ya no pudo, o no a todos los rescata de la alienación, o no todos saben cómo jugar con ella de tal modo que no se convierta también en otro instrumento social para adueñarse del individuo. Hecha para compensar la horizontalidad plana del consumismo con la verticalidad de la flecha que va más hacia abajo, a lo profundo, o mas hacia arriba, hacia lo sagrado –total es lo mismo- la espiritualidad , esencia de lo religioso, debería impregnar al arte, y el arte mostrarse como pluralista y espiritual. El arte puede ser la válvula de escape, y ojalá algo mas: la puerta hacia el sentido, el terreno en el que podamos resignificar el mundo, y reconstruir una estética del amor y de la manoseada paz; temas que solo la flor del alma entrega, cuando aprendemos a cultivar su aroma.

Igual que el amor, el arte cumple con una función, pero el amor no es solo esa función que cumple. Es algo más. Sería ridículo que un psiquiatra nos prescriba enamorarnos, para superar la depresión. Pero sin duda puede ocurrir que enamorarse cumpla con la función de quitarle una depresión a un enfermo, por lo cual cumple una función. Lo que es ridículo es que se entienda el amor como medicamento, porque reducir el misterio trascendente del encuentro con un otro insondable, a una experiencia útil, es una infamia. Es un misterio, aunque sea útil, y es inabarcable, aunque pueda utilizarse como medicamento.

Con el arte pasa lo mismo. Le podemos pedir que funcione como un medicamento, y entonces le cambiamos el nombre: lo llamamos arte terapia. El término surge en el contexto

de las ciencias de la salud, como para validar desde la ciencia y desde la utilidad, lo que no debe reducirse a una herramienta del psiquiatra ni ponerse al mismo nivel del vólum, pero que funciona para sanar. El arte funciona para sanar, aunque lo que hace para la salud mental no sea lo que lo define, y ojalá lo que se logre con el enfermo no se oriente de nuevo a su reincorporación funcional en el sistema productivo y reproductivo de la sociedad plana. Porque el artista está para subvertir, igual que el filósofo: no para justificar los poderes establecidos, sino para cuestionarlos y así dar curso a lo propiamente humano, que no es la cosificación de los unos por los otros, sino la búsqueda incesante de trascendencia, libertad, y sentido.

Hans Prinzhorn, ( 1866-1933) psiquiatra vienés, consideraba la motivación creativa como una motivación básica de la especie humana, y decía que toda creación albergaba un potencial de autosanación. Tenía toda la razón, y luego su opinión se empezó a validar con pruebas experimentales. La ciencia le daba permiso al arte, aunque el arte no le estuviera pidiendo permiso a nadie, porque no lo necesita. Pero un mundo cada vez mas escéptico y ciego para lo que de por si tiene valor, necesita que los nuevos dueños de la verdad den su absolución objetiva. Prinzhorn creó una colección que alberga las obras de pacientes mentales de la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Heidelberg, que fué de gran influencia en la formación de personas que posteriormente contribuyeron al surgimiento de la arteterapia. En ese movimiento de reconocimiento del valor del arte desde las ciencias de la salud, influyeron indudablemente Sigmund Freud y Carl Jung.

Freud devolvía al símbolo y al mundo onírico un valor que les había sido negado, rescatando el valor de los potenciales psicológicos del mito para comprender al ser humano. Y Jung , al reconocer el lenguaje simbólico del inconsciente en los sueños y mitos, pero sobre todo al descubrir que sus pacientes psiquiátricos en proceso de recuperación producían creaciones visuales llamadas mandalas, empezó a practicar el mismo con el dibujo de figuras espontáneas y simétricas. Descubrió que centraban las energías psíquicas, y que cumplían con un importante papel en el proceso de centramiento y trascendencia psicológica que llamó “individuación”. La individuación era para Jung el crecimiento espiritual mismo , y por eso observó que los mandalas no estaban casualmente en las expresiones artísticas de las principales religiones místicas, como el hinduismo y el budismo. La acción de plasmar visualmente simetrías figurativas con un eje central, era la expresión arquetípica, no reductible a esta o a esta otra cultura, ni a este o a este otro paciente, sino perteneciente al ser humano en su conjunto, cuando se acerca su plena trascendencia, cuando integra todos los fragmentos, complejos, y subpersonalidades que por su propio impulso tienden a unirse.

Los hallazgos de Jung fueron principalmente pictóricos, y no musicales, ni gastronómicos, ni olfativos, ni táctiles. La escultura que se toca, el alimento que se come, el aroma que se degusta, el sonido que se impregna; puede que también sean síntoma y a la vez medio de sanación. Debe existir algún paralelismo de los mandalas con algún tipo de música, con algún tipo de alfarería, con algún tipo de caricias al es-

pacio, a la textura y al perfume ; si es que el ser humano plasma con las artes y con los sentidos todo cuanto ocurre en su psiquismo. Pero esto no se exploró, y por eso la Terapia a través del arte, conocida como arteterapia se define hoy en día como el uso de las artes visuales con fines terapéuticos. Sin embargo, yo aplico una arteterapia basada en sonidos y musicalidades, con mis consultantes , con la misma eficacia que cuando las terapias se basan en la pintura y el modelado con arcilla. Pero la arteterapia común se basa en la idea de que las representaciones visuales, objetivadas a través del material plástico, contribuyen a la construcción de un significado de los conflictos psíquicos, favoreciendo su resolución, y facilitando la relación terapeuta-consultante.. Tiene un rango amplio de aplicación, en áreas como la rehabilitación , la educación y la salud mental.

Las esferas de lo público, de lo social, de lo económico; nos parecen desligadas de lo psicológico. El mundo exterior, ese mundo masculino al que se dedican los hombres en una cultura patriarcal, el mundo de la ciencia, la economía y la política; nos parece que no tiene nada que ver con el mundo interior, el mundo del alma, ese otro universo del que nada sabe la NASA, que ni se considera cuando se piensa en un país mejor, o en una Colombia en paz. Algún día reconoceremos que las sutilezas de la sanación interior no son material espurio, sino la sustancia misma de los valores amorosos que una cultura de la paz necesita. Y puede que entonces el arte sea visto, ya no como ese gasto inútil que hacen las casas de la cultura en los municipios, ya no solo como eso que hay que patrocinar a medias para que algunos jóvenes se alejen de la drogadicción, sino como una terapia nacional. No en vano los fascismos de toda índole combaten a los artistas de

primerazo: es que saben que el espíritu de la libertad, el hallazgo de un sentido en la vida, de un sentido propio, es la energía que nos sana y nos promueve mejores, mas amorosos, mas concientes del misterio sagrado que nos habita.

Lo sepan o no, nuestros artistas son arte-terapeutas :nos permiten ver el país. Pero además, deberíamos darle mas cabida a la arte terapia propiamente dicha. Trastornos de alimentación, adicciones, inadaptación social, deficiencias psíquicas, deficiencias físicas y motoras; son hoy en día tratadas eficazmente en España con arteterapia. Podríamos hacer acuerdos con instituciones ya renombradas de arteterapia como (ISPE), en Italia, (AATA) en U.S.A, para aprender a atender cientos de situaciones sicosociales que tenemos como pais violento, y en las que la arteterapia es un apoyo de bajo costo y de facil aplicabilidad. Sirve como medio de ayuda y expresividad para niños con conflictos o con necesidades educativas especiales, tiene efectos sobre el lóbulo temporal del cerebro que hace que los sentimientos y las emociones positivas se potencien, reduciendo así el nivel de (que es algo que también puede estimularse enseñando meditación ), invierte el deterioro que causa el estrés escolar y laboral en el sistema inmunológico -y la concomitante aparición de numerosas enfermedades cardiovasculares-, estimula las capacidades propias del individuo, desarrolla la creatividad y expresión, y se usa para ayudar a recuperar a personas maltratados y con necesidades educativas especiales.

¿No es algo así lo que estamos necesitando?



## Manifiesto contra la novela negra y la literatura oscura

Ha llegado la hora de inaugurar la novela blanca, de inventar su existencia, de resaltar, -creando la etiqueta -; que existe una forma de hacer literatura diferente a la de la novela negra y sus parientes. La historia del arte, que puede intentar comprenderse mediante esquemas dialécticos, ha sido una pendulación entre unos extremos y otros. Cuando una tendencia nace y se ha reproducido lo suficiente, hasta casi agotar otras formas de expresión, suele surgir un movimiento que la contradice, la discute, la pone en entredicho. Sucedió así cuando al arte clásico se le opuso el romanticismo. Así ocurrió cuando a la pintura realista, ceñida a la perspectiva y a la objetividad, la contradujo el impresionismo. A la novela negra habrá de refutarla la que, por oposición, será blanca. Ojalá nunca la luz se vuelva tampoco un monopolio, pero sí que sería terapéutico que decayera la estética de lo oscuro.

En el recuento de la literatura, sin duda habrá que darle un lugar a la “novela negra”, así bautizada por Raymond Chandler en su ensayo “El simple arte de matar”. El término está asociado con textos caracterizados por personajes oscuros, lenguaje desafiante, antilirismo en la expresión, descripciones de ambientes degradantes, argumentos violentos, antihéroes, ausencia de personajes moralizantes, individuos derrotados y deliberadamente condenados al fracaso, interés por dibujar los peores aspectos del ser humano y descripciones crudas de hechos abominables. Novela negra es la

que se inspira en el mundo profesional del crimen, como la define Chandler. En vez de descubrir al culpable como en la novela policiaca, la intriga argumental busca develar la condición de por sí corrupta del ser humano, que es definido universalmente como un error garrafal de la naturaleza, un simio que arrastra consigo una baja y esencial motivación moral.

Con la novela clásica del siglo XIX se había celebrado con justicia que sus personajes no fueran moralizantes, que el escritor no dividiera el mundo en buenos y malo, que hubiera matices. Pero ahora no se trataba de la caracterización realista, sino del hiperrealismo. Ver exclusivamente lo monstruoso se convertía en apreciar con objetividad la conducta humana. Reírse de la bajeza y empalagarse con ella era sinónimo además de no pertenecer a las élites intelectuales, a los escritores burgueses: el tono sarcástico tenía su connotación de izquierda. La tendencia literaria nacía para reflejar la atmósfera de miedo e inseguridad que tuvo como preámbulo vivir en la época de la primera guerra mundial. Alimentaron luego ese estilo las violencias y totalitarismos de la segunda guerra, los gangsters, el existencialismo, el fascismo, la Alemania nazi y el colonialismo armado. ¿No les daba la razón esa cruda exposición de lo humano el intervencionismo hipócrita norteamericano, la guerra fría? No es de extrañar que por lo tanto la novela negra siga viva. El crimen organizado, el caos urbano, el narcotráfico, el tráfico de personas y muchísimos otros fenómenos sociales que todavía nos asedian y de los que todavía se obtiene lo principal del rating en televisión y los enlaces virales en internet; están vivos y coleando para nutrir aun más el pesimismo gótico, el fundamentalismo punk, la música pesada y la caracterización del

deterioro ético de un planeta imposible ya de diagnosticar, por lo complejo. Los periódicos amarillistas venden más que los que intentan el equilibrio. La sangre vende. Cualquier negociante literario sabe usar el sexo y la violencia para es- calar.

Como resultado de una tendencia en el arte, es una ley que lo que surge como antítesis de lo ortodoxo, lo que inaugura una protesta -luego de algún tiempo- gana su aprobación institucional. Se acartona, se modela y se convierte finalmente en un canon de lo que puede considerarse “bello” o “aceptable”, artísticamente hablando. Toda ortodoxia fue heterodoxa. Cuando Carroll John Daly creó el subgénero sin saberlo, sin bautizarlo así siquiera, en 1922, Dashiell Hammett y Raymond Chandler seguramente lo imitaron como continuando con el desafío que significaba para la novela del siglo XIX estar renunciando a escribir para proponer. De propositiva, la novela pasó a ser cínica, satírica. Había surgido una nueva moral estética con un mandamiento implícito: no moralizarás, idealizarás ni insinuarás como escritor que tienes alguna promesa respecto al problema humano, o serás excluido de la historia de la literatura. La moral del dogma anti moralizador fraguaba un nuevo límite definitorio para lo que podría considerarse artísticamente correcto. Era la refutación al soterrado cristianismo de Tolstoi, al psicologismo en el fondo esperanzado de Dostoiewski, a la caricaturización dualista de los defectos en la obra de Balzac, a la nostalgia del señorito aristocrático en la obra de Proust. Todo muy comprensible como pendulación en la historia del arte.

No es que antes no se hubiesen escrito rechinantes historias oscuras: para eso están los precursores siempre: Sade,

leyendas draculescas, vampirismo, doctor Jekyll y Mr Hyde. Pero, de nuevo, como toda estética, el movimiento era silenciosamente normativo: terminaría acallando otras opciones y el siglo que se inauguraba era muy buen caldo de cultivo para que no fuera de otro modo. Los bajos fondos, los diálogos ácidos, los matices de la paleta que unas veces parecerían cuentos del arrabal Borgiano y otras contendrían el refrescante y antivictoriano descaro sexual de Henri Miller o de Bukowski; iban a deleitar por décadas al novelista y al lector. Una nueva mina argumental de lirismo sórdido: mujeres fatales que hipnotizan a sus amados para convertirlos en asesinos, historias de adictos, asesinos ocasionales, personajes morbosos, misóginos, traficantes, humor negro, fatalidad ciega, idealización del suicidio, reciclaje de la necrofilia de los poetas malditos, bestsellers de la pedofilia y el asesinato en serie. Hasta el éxito reciente de los mejor vendidos que ahora se ofrecen en los supermercados es un descendiente directo de la ecuación arte igual crudeza: se compran muy bien las historias de mujeres que piden ser sodomizadas por profesionales del sadismo. La ruptura con la novela clásica casi podría equivaler, en la nueva ecuación estética, a novela negra. Y los subgéneros gestados en los últimos cien años casi que podrían tacharse de géneros epífitos del color de la oscuridad: novelas de fantasmas, de terror, de muertos vivos; novelas nadaistas, existencialistas, sartrianas. Ni el mismo Batman por aristocrático que sea parece tan distinto del guasón, del mafioso newyorkino ni de otros prototipos góticos de Hollywood.

No se puede, si se estudia el tema, dejar de sentir admiración por toda la riqueza estética que surge de la exploración de todo lo que sea humano. Para eso está también el arte. Si

la psicología profunda descubría con Sigmund Freud los bajos fondos del inconsciente, el surrealismo y la novela negra tenían derecho a excavar en las madrigueras del infierno. Así lo hicieron. Así aportaron. Así seguirán caracterizando e indagando acerca del misterio de este animal pseudoracional que somos, no solamente el arte y la literatura, sino también las ciencias del cerebro y las ciencias sociales. Nos hemos divertido, sin duda, y muchísimo, descubriendo que el comportamiento errático y el nihilismo son respuestas posibles ante el enigma de existir. En la edad media el arte occidental era un subsidiario de la religión y eso lo esclavizó hasta convertirlo en un propagandista moral. Hay que celebrar que la modernidad haya sido antropocéntrica, que la inquietud del arte haya dejado de estar monopolizada por dogmas. No hay por qué despreciar al escritor maldito, al que tomó como fe personal que vivir es una tragedia y que el fracaso es una característica inherente de todo aquel que haya nacido. Es opción de muchos artistas y tradición desde Esquilo definir el arte como un antídoto inútil en todo caso contra el fardo de la vida y al poeta como un héroe estilo Rimbaud que asume la limitación, la mortalidad, la compulsión como una estética. Grandes novelas se inspiran en personajes decadentes, en artistas poseídos por su propia locura, en condenados por la injusticia social, en seres que sufren hasta el paroxismo. El lenguaje tosco, el regodeo con el pesimismo, la reivindicación del lenguaje violento, la descripción escueta de lo sexual; no tienen por qué estar prohibidos en un texto para que este pueda considerarse literario. Todo lo contrario, la novela es el templo de la inclusividad, todo cabe en ella. El arte es la geografía del plural. Eso no se niega.

Pero el problema de un movimiento, una escuela, una tendencia, una moda; no es que no contribuya a su modo. Lo peligroso es que se vuelva canon. Cuando se dice que “todo” cabe en el arte no hay por qué excluir, precisamente, cualquier cosa que se salga del “buen gusto” nihilista. Y esto se lee si se tiene perspicacia para descifrar mensajes ocultos, lenguaje no verbal, en los ámbitos culturales, en las tertulias de intelectuales, en el tono con el que hablan los que escriben o los que se sienten muy “cultos”, en los criterios que siguen, sin ser muy conscientes de ello, los jurados de los concursos literarios. Es fácil olfatear un mensaje tácito que dice así: no eres inteligente, no eres crítico y no haces arte si no compartes la estética de la oscuridad. Desde ese estrado, los jueces de lo inteligente dictaminan lo que se cataloga o no como “buena literatura”. El premio nobel rara vez se ha dado a escritores que resalten de alguna manera las posibilidades trascendentes de la vida. El galardón ha sido dado rara vez a la literatura de tonalidad “blanca”, como si solamente cuando se trata del género juvenil e infantil una cosmovisión trascendente tuviera cabida: Rabindranath Tagore en 1913, Rudyard Kipling en 1907, Gabriela Mistral en 1945, Hermann Hesse en 1946, Pablo Neruda en 1971. Ninguno de estos escritores dejó de expresar que sufre, que hay zonas oscuras. Pero fueron afirmativos en vez de quejumbrosos, positivos en vez de displicentes, creyeron en vez de desistir y no inculcaron la idea de que el tono depresivo era sinónimo de lucidez estética. Sin embargo, la academia sueca no parece haberse caracterizado por resaltar a los que optan por cantarle a la vida. ¿O es que eso es imposible por fuera de la poesía, por fuera de la alegría de la infancia y la confianza de la juventud temprana? ¿Es imposible la novela blanca para públicos adultos?

Los estudiantes de literatura procuran con todas sus fuerzas adolescentes morir temprano como Rimbaud, ser alcohólicos como Bukowski, tener problemas mentales como Poe, contraer sífilis como Nietzsche, para obtener el diploma de artistas inteligentes. En teatro se prefiere a Samuel Beckett, en ensayo a Bertrand Russell, en denuncia política a Herta Muller. Lo orwelliano sirve como lupa exclusiva para observar la sociedad y justificar la paranoia conspiracionista. Los que desean brindarle un respiro de alivio al lector parecen condenados al gesto displicente. Si hay un guiño romántico, algún ademán bucólico, cierto coqueteo con la belleza del entorno natural, una obra puede ser clasificada como “subgénero”, es decir, de segunda. En una tertulia es más fácil encontrarse con el que se deja seducir de la invitación al suicidio de algún texto de Sábato, que con el que goza de pasajes delicados y argumentos bajos en adrenalina. Los editores se sienten inseguros de ofrecer otras opciones a los lectores para no bajar de “status”. Si los personajes del texto no sufren interiormente de principio a fin, si encuentran una salida para sus problemas, suenan las alarmas: ¡la felicidad, la armonía, la esperanza, no pueden ni deben definir la percepción estética de la vida! Escándalo: la novela está enferma, el autor es un ingenuo, el final parece “feliz”. Y entonces se busca alguna etiqueta para denigrar el producto de semejante aberración: “literatura nueva era”, “mamertismo espiritual”. La obra se cataloga, ya no para la sección de literatura de la librería, sino para el anaquel de “crecimiento personal”, “autoayuda”, “interés general” y otras veleidades comerciales, como si solamente existieran dos cajones en el escritorio del crítico : el del genial pesimismo y el de la idiotez superficial.

Como si todo lo que no opaque es plomo. Como si no hubiera matices entre Paulo Coelho en el extremo del comercialismo espiritual y otros intentos posibles –los que precisamente no se permite que existan.

La crítica literaria en Colombia ha pensado poco en otras opciones, cuando ha desenvainado la espada contra las obsesiones nacionales y las buenas ventas que opacan la buena literatura. Con justicia se ha advertido que hay otras ventanas para mirar el mundo que no sean las del relato de secuestrados, la novelita de las niñas siliconadas, el thriller diseñado para adolescentes ansiosos de un gesto de asco hacia el mundo, la idealización del capo disfrazada de biografía. Pero tampoco se ha avanzado más allá de la figura del escritor como un comentarista político que en vez de crónica escribe ficción novelada con indirectas ideológicas. ¿No hay otra forma de tener algo que contar que no sea la de no velar las vidas de los desplazados, los oprimidos por la violencia política, los guerrilleros y los paramilitares? El compromiso del artista con la sociedad puede ser algo más que opinión novelada acerca del conflicto por el poder. Hay que felicitar a Laura Restrepo, a Hector Abad. Pero también hay frente al caballete del pintor asuntos ecológicos, cotidianidades, poesías a las que la imaginación ha dejado de aspirar. En Portugal tenemos a Peixoto, por ejemplo: su novelística descubrió que se puede narrar en cámara lenta y que toda la belleza de lo cotidiano surge de ello. Y refrescan también el ambiente Tomás Gonzalez, que a veces se atreve a vislumbrar el amor y la serenidad zen. El animal pseudoracional que ha venido siendo el ser humano también ha demostrado ser la promesa de un ángel, la esperanza de un iluminado, la paz de un monje, el disfrute de un instante que parece eterno, la confianza

en que lo eterno, a pesar de la herencia de los trágicos griegos, también habita en el alma humana. Se desconoce la poesía de Rumi, la épica del Mahabharatha y el Ramayana. Así como el cine de orientación familiar que producen en Bombay se vende mucho menos en occidente que la película de acción Hoolywoodense –sin duda es un poco meloso pero no por ello deja de ser interesante : por lo menos presenta personajes nobles que se vinculan con amor -, asimismo los que intentan proponer novelas blancas pueden temer el descrédito. ¿Qué más puede pasar cuando se delata y contradice un canon estético?

Pero no será fácil dar el paso. La historia del arte es el autorretrato de la historia de la humanidad y el último siglo bien puede comprenderse con el reflejo un tanto nauseabundo de la tecnificación bélica y el oprobio fundamentalista de unos y otros bandos que ahora es tan fácil contemplar en directo vía satélite y online con fotos recién subidas a la red. ¿Cómo no iba a dominar el espectro la literatura oscura? Y sin embargo hay que mover el péndulo hacia el otro lado para evitar el estancamiento. Por milenios ha existido la literatura como canto a la vida. La mujer, con mayor probabilidad que el hombre, sabrá volver a gestar en las tierras de la novela un nuevo tono que nos levante el ánimo, una espiritualidad afirmativa que supere el panfleto comercial de Paulo Coelho pero reivindique sin embargo la intención de rescatar al lector de la moda gótica, del desaliño de las tribus urbanas. Se necesitan mujeres que prueben que el futuro del superhombre será tener útero y amar la vida por encima de todas las cosas. En su búsqueda de identidad los jóvenes lectores se merecen algo más que escoger entre formar parte de los darks, los emos, los skin heads, los frikis y los heavies.

Falta una novela que entusiasme pero cualifique aun más las buenas intenciones y lo positivamente rebelde de los hippies, los Hipsters, los Indies y los Grunges. Falta la novela que muestre que en Colombia y en el mundo se puede hacer algo más que chocar contra una pared de indiferencia y desánimo, con la ira y la rabia de personajes que se rebelan ante el mundo pero no saben que más hacer sino convertirse en genocidas de los clientes de un restaurante Bogotano.

Lo institucional mata, prohíbe lo que se le opone, avergüenza para prevenir que se le contradiga. Y esto ha pasado con el acartonamiento del arte oscuro. Las fantasías de Tolkien, el valor de lo mitológico y lo arquetípico, la diversión de Harry Potter, no pueden ser tomadas en serio por los intelectuales que tienen el poder para definir lo que es arte y lo que es basura. Nada que surja de escritores que no partan de una plataforma política aceptada por el gremio puede ser valioso: así piensan. O argumentan que no se puede dar algún valor en la historia de la literatura a los primeros pinitos que se intentan plantar cuando se sale del molde, así sea a ciegas, con obras que aspiran a ser blancas.

## El universo de la literatura blanca

A propósito de mi novela “Lo más íntimo de la tierra”, el día del lanzamiento, año 2013.

He escrito una novela que no sé cómo clasificar. Y hoy, cuando presento a ustedes el producto de años de trabajo que requirió investigar, escribir y producir los ejemplares que van a llevar a sus casas, no sabría explicarles que tipo de literatura es la que les ofrezco.

“Lo más íntimo de la Tierra” es una novela de ficción escrita a modo de bitácora sobre un viaje al interior de la Tierra hueca, que siete expedicionarios inician en el polo sur. El viaje no resulta como esperaban. La misión que tienen es más esotérica que geográfica. No es ciencia ficción, no es realismo mágico, no es novela histórica y no es ficción histórica estrictamente hablando. No parece pertenecer a algún tipo de literatura que se esté produciendo en Colombia y por supuesto no trata de la violencia en nuestro país, ni de la historia de algún capo, algún secuestro o algún desplazado. De hecho no es una novela sobre temas colombianos, excepto por el hecho de que refleja las vidas de seis colombianos que ya no viven en su país. El escenario de mi novela es, en realidad, el mundo. Las literaturas nacionales son cada vez más difíciles de sostener en un mundo que se ha globalizado, en el que hay que procurar cada vez más que los lectores se sientan parte de la humanidad como un todo, porque ya es así, en red y en unidad, como son las cosas. No es una novela con consejería espiritual incluida, como las de Paulo Coelho. Ni es un libro que sirva para conseguir adeptos. No es una obra metafísica autobiográfica, como las de Lobsang

Rampa o las de Carlos Castañeda. No es un texto de especulación documental, como las de JJ benitez. Espero haberle dado vida a mis personajes, que no tienen nada de Indiana Jones ni se portan como héroes. Son seis colombianos y un inglés, unos neohippies poliamorosos, mochileros, que viajan a India y se conocen allí. Mi novela le exige al lector que no solamente entretenga la imaginación sino que se plantee preguntas metafísicas y enigmas arqueológicos. Tal vez sea una obra precursora.

No soy crítico literario: mi función no es evaluar, en términos de la historia de la literatura, la pertinencia de mi texto. No soy literato: mi especialidad no es el estudio erudito de un autor, una época del arte. Soy escritor: lo mío es contar una historia. Pero no me inquieta menos investigar quien está escribiendo obras parecidas a la mía y que me aportan ellas o que les apporto yo a los escritores que tienen ideas semejantes a las que a mí me apasionan.

Hace dos años lancé una novela que apellidé “ecológica”. Era la primera novela que producía después de casi 20 años de silencio literario. Se llama “Esta isla de ecos azules”. En ella, Una mujer que se comunicaba con los cetáceos viajaba con un extraño grupo filantrópico que afrontaba el cambio climático. Había situaciones futuristas sobre el papel y el destino del ser humano en la nueva tierra. Un grupo de escogidos y una civilización secreta de mujeres intentaban rescatar al planeta de su crisis ecológica, un hombre valoraba el poder uterino de la vida mediante un trance que lo llevaba a conocer los orígenes del mundo. En ese texto me dominaba la sensibilidad ecológica, la orientación espiritual y la comprensión femenina sobre los peligros que acechan al ser humano. Intenté criticar al orden patriarcal mundial, le hice guiños de admiración a las sabidurías ancestrales.

Hoy, con esta segunda novela publicada, usaría el epíteto “esotérica” para designarla. No es la mejor descripción, porque es un adjetivo que lleva a muchos equívocos, pero podemos intentar otros apelativos luego de darle un rato vueltas al asunto del que trata y al contexto con el que se relaciona.

Hay varios elementos que nos pueden servir como brújula para encontrar un lugar para mi novela en la literatura. El primero es el de la pasión por los temas de geografía sagrada. Ustedes tal vez no han oído hablar tal vez de la geometría sagrada, que en mi caso conocí por las enseñanzas de Drúnvalo Melchizedec. Pues bien, también hay una geografía sagrada: es la disciplina que se pregunta por todo lo que la geografía tradicional descarta como tema válido en el estudio del planeta tierra: líneas de energía, localización de ruinas arqueológicas famosas, lugares secretos de valor para los pueblos de la antigüedad, civilizaciones perdidas, hundidas y ocultas, etc. Y uno de esos temas fascinantes de la geografía sagrada es el de la teoría de la tierra hueca, que dice que nuestro planeta no es sólido por dentro, ni tiene un núcleo ígneo e incandescente, sino un sol interior y una estructura esférica hueca habitable. Este es el primer elemento.

El segundo es el de la historia oculta de la humanidad. Probablemente la pionera en este asunto fue Madame Blavatski, la fundadora de la sociedad teosófica en el siglo XIX, en Europa. También los rosacruces y los masones han incurrido en el tema, pero hay que ir más hacia atrás porque la pasión por las culturas antiguas realmente comenzó con el emperador Napoleón, un entusiasta del mundo egipcio. Las aventuras exóticas de los aristócratas ingleses y europeos por los países orientales, por el medio oriente y África, por las

ruinas mayas y otras historias similares que han hecho eco en películas taquilleras como Indiana Jones; se remontan a la sorpresa que produjo saber, cuando se terminó la edad media y los europeos comenzaron a recorrer el mundo, que la cultura occidental solo era una de tantas. En la edad media se pensaba que la civilización tenía su origen en Grecia, luego se vio que Egipto era más antiguo, y después se hicieron excavaciones entre los ríos Tigris y Éufrates para encontrar que la civilización sumeria era la más antigua de todas. Pero la historia oculta de la tierra que nos contaron los libros de Madame Blavatski decían otra cosa: nos invitaban a imaginar más atrás aun, nos hablan de que han existido cinco razas humanas, y que somos la quinta subraza de la quinta raza en un proceso evolutivo muy complejo que ha tenido lugar en el remoto pasado, aunque la ciencia histórica no esté de acuerdo. Por supuesto, habrían existido otros continentes, el de la Atlántida y el de la Lemuria, ya desaparecidos, en los que buena parte de esas civilizaciones habría tenido lugar. Y antes de eso, Pangea, el continente único, que ya se ha comprobado que existió antes que se dividiera en los actuales cinco continentes.

Pero en mi caso el que disparó mi interés por la historia oculta fue Drúnvalo Melchizedec. Aunque yo había leído ya de adolescente la obra de Madame Blavatski y un texto fascinante de Max Hensel "Concepto Rosacruz del Cosmos", fue tomando los talleres sobre temas afines que volví a experimentar un despertar de conciencia al que no me pude resistir. Los textos de Drúnvalo son tan sencillos y tan fascinantes que me hicieron creer que de verdad esa geografía oculta y esa historia no revelada de la humanidad son muy probables. Drúnvalo habla de estos temas con una fascinación que hip-

notiza, es un verdadero mago para contar historias y en ese sentido, un verdadero novelista oral. Conforme leía “el secreto de la flor de la vida”, ambos tomos, yo iba sintiendo que se ampliaba mi visión sobre el propósito de mi vida de una manera increíble. Era un verdadero ejercicio de la imaginación pensar en la escuela de Horus, en los vehículos de luz activada que son los merkabahs, en la ascensión a la cuarta y la quinta dimensión, en las anécdotas de Drúnvalo sobre la alquimia, sus encuentros con Thot, todo eso. ¡Y Drúnvalo hablaba con certeza, como quien cree que realmente todo eso ha sido así! Yo tengo un lado derecho de mi cerebro preparado para ser crédulo y un lado izquierdo hecho para ser escéptico, y ambos me funcionan bastante bien. Me cuesta bastante trabajo ser solamente crédulo o simplemente escéptico, ambos extremos me parecen igual de peligrosos. Así que decidí ser ambas cosas a la vez: tomarlo todo como si fuera la ficción más entretenida que me habían contado, pero al mismo tiempo dejarme seducir por la información y tomarla a pie juntillas. Para que eso fuera posible yo tenía que escribir una novela en la que unos personajes se inclinaban más por lo uno que por lo otro, así que escribiendo literatura con lo que Drúnvalo contaba como historia objetiva de la humanidad, yo intenté poner de acuerdo a mis dos cerebros. Creo que fue en medio de una clase con un amigo y maestro de geometría sagrada, Helmer Zuluaga, que en un momento me dije: esto que me están diciendo, sea verdad o no, es lo más interesante que he oído, y merece por lo menos convertirse en una novela. Son momentos en los que uno queda amorosamente condenado a escribir.

De la tierra hueca no supe por Drúnvalo. Fue en internet, pescando al azar. Y un tema me llevó al otro. Vi que la geo-

metría sagrada, la historia oculta, la geografía oculta y la teoría de la tierra hueca estaban muy ligadas. Pero como la flor de la vida y el merkabah nos llevan a un punto más importante aún, que es el del despertar del corazón, el del lugar secreto dentro del corazón y otros nuevos temas fascinantes, pronto me percaté que si yo iba a escribir una novela con todo este material sus protagonistas tendrían que hacer unos progresos espirituales y psicológicos que los llevaran a despertar al amor incondicional en la cuarta y la quinta dimensión y a otros asuntos relacionados.

Entonces comencé a investigar, ya no solo en Drúnvalo, sino en otros autores. Por un año no pude hacer otra cosa que leer la obra completa de Zecharia Sitchin, en la que me embebí como un adicto. El libro “El doceavo planeta” me mostraba un panorama similar, pero ahora el rigor arqueológico, filológico y el atrevimiento para postular interpretaciones de la escritura cuneiforme, me llevaban a ver en la obra del judío de origen ruso una razón más para apasionarme con la historia oculta de este planeta. ¡Ahora resultaba que la raza humana era el resultado de una mutación genética producida por extraterrestres venidos a la tierra a quienes la humanidad había adorado como dioses! Esto ya era como para enloquecer del todo, y mucho me temí que me pasara como a don quijote de la mancha, que enloquece leyendo novelas de caballería. Mi esposa estuvo a punto de confabularse con alguien más para quemar mi biblioteca y traerme de vuelta al mundo real y yo estuve a punto, no de ver molinos de vientos convertidos en gigantes que me desafiaban, sino de ver ovnis, seres gigantes, lanzaderas espaciales, diluvios y extraterrestres en vez de edificios, casas y automóviles en el barrio de chapinero donde vivo.

No vi que coincidieran exactamente las versiones de Drúnvalo y de Sitchin, y por mucho tiempo esto me intrigó. Me tensionaba también que otro autor más, Rudolf Steiner, diera una versión metafísica, a su vez, diferente; especialmente de la historia de la Atlántida y del papel de Jesús como mediador de la bendición cósmica en la evolución terrestre. Años atrás le había echado muela al libro de Urantia, que es todavía más enigmático y de tendencia, igual que en el caso de Steiner, bastante cristiana. Va un poco en la línea del curso de milagros: subvalora bastante la importancia del budismo y del hinduismo, del islam y del taoísmo, de la sabiduría nativa y de otras tendencias religiosas, a favor del papel de Jesús como salvador principal de la humanidad.

Era de verdad difícil no indigestarse con tantas versiones diversas acerca de la historia oculta de la humanidad. Pero pensé que tenía que haber una forma de conciliar y de colocar en un todo coherente cada pieza del rompecabezas. Me fui a la isla de Providencia con mi esposa y cuarenta gigas de información en un computador, y dediqué con disciplina todas las mañanas y todas las noches, por ocho horas diarias, a leer aun más textos relativos al asunto. Pude además ir descubriendo que el tema de la aeronáutica antigua y de los viajes en el tiempo había sido de gran importancia para el esoterismo europeo en Alemania y me introduje en el peligroso escondrijo de la relación que tuvieron los grupos esotéricos nazis con el tema de los ovnis, los viajes en el tiempo y otros tópicos fascinantes. Encontré textos de ariosophía hindú: yo no sabía que Hitler había tenido tantos discípulos hinduistas y eso me empezó a dar escalofríos. Encontré excelentes biografías del lado esotérico del Führer alemán, que me alertaron sobre el lado oscuro y el mal manejo de las ciencias y magias